

Notas históricó-críticas sobre el poema de "Fernán González"

La crítica literaria está de acuerdo al afirmar que el Poema de Fernán González es a la vez juglaresco y erudito. Juglaresco en cuanto el autor —un Berceo del monasterio de Arlanza, creo que en esto no hay duda posible— recoge los cantos o relatos populares acerca del conde, y erudito en cuanto los sujeta a la cuaderna vía y los mezcla con noticias que él ha recogido en sus lecturas históricas, revolviendo los manuscritos de su monasterio o de los monasterios cercanos: Silos, Cardaña u Oña. Siguiendo el criterio escrupuloso de don Juan de Berceo, alude también él en varias ocasiones, al escrito, a la escritura, al dictado, a la lengua (1).

¿Qué escritos eran estos? He aquí un problema acerca del cual no están de acuerdo los estudiosos. Unos nos hablan de la *crónica mozárabe de 754*, llamada también *Epítome Imperatorum*, otros, del *Crónicón de Lucas de Tuy*, o bien de la *Historia Gótica*, de don Rodrigo Giménez de Rada. Es éste un punto que debemos de plantear de nuevo. Pero hay otro de mayor interés todavía: el que se refiere a la parte poética y al contenido histórico del Poema. Hoy conocemos —mal que pese a algunos— la figura histórica del héroe, gracias a la documentación autén-

(1) Cinco veces, en las estrofas 14, 25, 107, 134 y 688, alude el monje de Arlanza a la fuente, en que se inspiraba, como había hecho Berceo para garantizar la veracidad de lo que escribe. Los autores no han logrado ponerse de acuerdo sobre las obras a que alude el monje de Arlanza. Véase: (CARROLL, MARDEN, *Poema de Fernán González*. Texto crítico con introducción, notas y glosario, Baltimore, 1904; R. MENÉNDEZ PIDAL, *Notas para el romancero del conde Fernán González*, en "Homenaje a Menéndez y Pelayo en el año vigésimo de su profesorado", Madrid, 1899; L. SERRANO, *Poema de Fernán González*, introducción y texto, Madrid, 1943; A. ZAMORA VICENTE, *Poema de Fernán González*, edición, prólogo y notas, Madrid, 1946.

tica del siglo X, lo cual nos permite compararla y distinguirla de la imagen que se formaba el poeta del siglo X, interpretando a su manera, con imitaciones el Poema de Alexandre (2) de Berceo (3) y tal vez del Cantar del Myo Cid (4), los relatos juglarescos y las fuentes históricas que tuvo a su disposición. En estas páginas quiero únicamente presentar algunas glosas y observaciones sobre el tema, abriéndose, según creo, nuevos caminos, sin pretender eliminar las dudas o incertidumbres. A mi entender las discusiones han surgido por pretender resolver las cuestiones de una manera genérica y global, y eso me mueve a proceder por partes, estudiando cada uno de los episodios o exposiciones diferentes.

LOS REYES GODOS EN EL POEMA

Descubrimos al poeta erudito muy particularmente en la primera parte del Poema, las 160 estrofas del principio que nos trazan el cuadro de la España visigoda, describen los horrores de la invasión musulmana, cuentan la exaltación de Pelayo, evocan las figuras de los primeros reyes de Asturias y, después de relatar las hazañas de Bernardo del Carpio, traen el elogio famoso de España y de sus hombres.

Hay que reconocer que esa erudición no era muy profunda. El relato del origen de los godos, está lleno de inexactitudes y de errores. Se nos dice que eran del linaje de los Magag, que sojuzgaron y saqueron la tierra de Roma, «que vivían en el paganismo y que al fin pidieron maestros, que aceptaron la fe de Cristo» y que se bautizaron. Todo esto pudo haberlo leído el monje-poeta en San Isidoro o en algún historiador medieval, como Rodrigo de Toledo o Lucas de Tuy, que se inspiraron en el Metropolitano de Sevilla. Pero, ¿de dónde sacó que los godos vinieron a España «en tiempo del Papa Alexandre y que mandaron en Africa y Turonia»?

(2) Las relaciones entre el Alexandre y nuestro Poema son abundantes y numerosas y han sido recogidas y estudiadas por Menéndez Pidal en *Reseña de la edición del Poema de Fernán González, hecha por Marden*, en «Archiv für das Studium der neueren Sprachen». Tomo 114, 1905, páginas 243-256.

(3) El sacerdote de San Millán fue unos lustros anterior al monje de Arlanza. Este conocía seguramente la *Vida de Santo Domingo de Silos* y los *Loores de la Virgen*. El que interprete las cosas de manera distinta al hablar de San Millán, no significa, como veremos, que no conociese también la obra de don Gonzalo sobre el santo riojano.

(4) En el Poema hay ecos del *Cantar de Mio Cid*, por ejemplo la estrofa 270 y de la *Chanson de Roland*, estrofa 129.

Es sin duda, la suya, una erudición muy superficial. Ni siquiera sabe nada de la doble conversión, la que les hizo arrianos en tiempo de Ulfilas y que les indujo a abrazar el catolicismo por medio de Recaredo, cuyo nombre podía leerse en el verso perdido de la estrofa 24. En suma, el tercer verso de la estrofa 14.

«Commo el escripto diz, nos assí lo fablamos», debe hacer alusión directa o indirectamente a la **Historia Gothorum** isidoriana. El espíritu isidoriano le guía; aunque se ha dicho que Castilla miraba más hacia el futuro; aunque, a diferencia de León no pretendió nunca resucitar el **Ordo toletanus**; para el poeta los godos son «nuestros antecesores», y las hazañas de su héroe serán una continuación de las que ellos realizaron. En su sentir, hay una línea que va desde la monarquía visigoda cantada por San Isidoro, hasta la Castilla de Fernán González.

CINDUS Y WAMBA

Al llegar aquí, debo referirme a un luminoso artículo del profesor Pedro Valdecantos intitulado: «Los godos en el Poema de Fernán González» (5). Es un estudio sagaz en que se enjuicia el criterio con que veía el pasado hispano gótico de la segunda mitad del siglo XIII. El poema nos habla de cinco de los últimos reyes toledanos: Chindasvinto, Wamba, Ecija, Witiza y Rodrigo. ¿Cómo los enjuicia? La contestación a esta pregunta puede orientarnos acerca de las fuentes en que se inspiraba el autor. Del primero dice:

Quando los reyes godos deste mundo passaron, fueronsse a los cielos; grand rreyno eredaron; alzaron luego rrey los pueblos que quedaron, commo diz la escriptura, Don Cindus le llamaron (6).

Don Cindus fue un gran rey, «un buen guerreador, un señor natural», que reinó en España y en Africa. Esta apreciación vivamente elogiosa nos recuerda la que hace de este rey la crónica mozárabe del año 754, y a la crónica mozárabe nos lleva también el nombre que en el poema se da a este rey, duro, guerrero y ordenador. Es ella la única entre las historias antiguas que llama Cindas a Chindasvinto «Chindas —se dice en ella— Recesvintum licet flagistorum tamen bene motum, filium suum

(5) Tengo la separata publicada en 1958, pero no podría decir nada más concreto.

(6) Estrofa 24.

regno Gothorum proposuit». Chindas se lee en el anónimo de Córdoba; Cyndus, en el anónimo de Arlanza. El cambio no es grande, sobre todo, si pensamos que el monje tuvo delante un manuscrito en letra visigótica donde la «a» y la «u» son tan parecidas. Si tenemos esto en cuenta, apenas cabe duda de que la escritura de esa estrofa 25 es el «Epítome Imperatorum» o o crónica de 754.

Nada dice el poema del hijo de Cyndus, Recesvinto, figura también borrosa en la **Crónica mozárabe**; su relato se fija a continuación en la figura de Wamba o Vamba, como en él se le llama. Fue «un pastor muy bueno». Aunque godo andaba escondido, sin duda en traje de labrador como dirá la leyenda más tarde, y «por no ser conocido», hasta el nombre se había cambiado:

Bien sabie que con yerbas de avyan de matar. Le descubrieron para su desgracia, y le obligaron a aceptar el cetro:

**«Rrey fue muy derecho e de muy grand natura,
Muy franc e muy ardit, e de muy grand mesura,
Leal e verdadero e de muy grand ventura,
Aquel quel dio la muerte nol falesca rrencura.»**(7)

Nada de las victorias contra los vascos, contra los francos o contra el rebelde Paulo; nada del vapor de humo o de la abeja que salieron de su melena cuando le ungiéron, dos imágenes que procedentes de San Julián, recogió Lucas de Tuy en su «Cronicón Mundi»; sólo un hecho que preocupaba hondamente a los clérigos del siglo XIII y cuyo fondo histórico no podemos calibrar todavía: que hizo la hitación de obispado que lleva su nombre. Para todo esto el monje de Arlanza no necesitó consultar las antiguas historias. Ya en su tiempo corría una leyenda oral o escrita, que aparece por vez primera en su poema, que encontraremos después en la crónica de 1344, que recogerá Diego de Almela en el **Valerio de las Historias**, que dará motivo a la comedia de Wamba, de Lope de Vega y a otras obras literarias de siglos posteriores (8). El poema sólo está de acuerdo en un punto con lo que escribieron sobre Wamba el Tudense, el Toledano y San Julián en su «Historia de la rebelión de Paulo». Nada más dice, tampoco de sus construcciones en Toledo, tan maravillosamente descritas por la «Crónica Mozárabe». Según estos historiadores, Wamba fue elegido

(7) Estrofa 30.

(8) RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, "Catálogo de las Crónicas Generales", página 25.

al día siguen de la muerte de Recesvinto, en Gérticos, el 2 de septiembre de 672; según el poema hubo que buscarle por toda España; no solamente se había cambiado el traje, sino también el nombre, para evitar el cumplimiento de un vaticinio fatal, que sin duda, se le habían comunicado. Fue un gran rey, pero nada se nos dice de sus éxitos guerreros, argumento principal de San Julián, de Lucas de Tuy y de Rodrigo; dejó la «hita-ción», cosa de que nada dijeron estos historiadores, pero alegada en todas las disensiones sobre límites de diócesis de los siglos XII y XIII; fue dormido con la espartina y obligado a abdicar, dicen todas las historias; pero al vulgo le gustan las soluciones extremas:

«Diol yerbas e murio rrey Wamba aponzoñado.»

Es interesante ver aquí el primer testimonio de esta leyenda que tendrá tan larga vida en nuestra literatura. En definitiva, el poeta recoge un relato popular que no tiene nada que ver con la historia erudita.

EGYCA, VAUTIZANOS Y RODRIGO

Con un sincerotismo nominal, muy frecuente en el mundo libre y atractivo de la leyenda despacha el poema en una estrofa, las dos figuras de Ervigio y Egyca; Ervigio, el asustado eliminador de Wamba, y Egyca, el yerno vengativo, que vive para vengar. Al viejo ex-rey, que vivía aún en el recogimiento del monasterio. Para el poeta, Egyca es el enveneador de un rey que ganó el Paraíso. Su juicio, por tanto, es desfavorable.

**«Reino después un rey, Egyca fue llamado,
dos annos que non mas visquió en el rreinado,
a cabo de dos annos, del siglo fue sacado, (9)
non peso al su pueblo, que fue malo probado.»**

Los historiadores clásicos, siguiendo lo que dice la crónica de Alfonso III, son benévolos con él. Sólo el «Epítome Imperatorum» le es adverso: «Hic gothos acerba morte persecutur». ¿Le había leído el monje de Arlanza? Si fue así le leyó superficialmente, pues todas las historias están de acuerdo al afirmar que Ervigio reinó siete años (680-687) y Egica, trece (687-701).

(9) Estrofa 33.

En realidad, de la misma manera que Ervigio no podía olvidar a Wamba, así el poeta recuerda el veneno:

**«Quando fynco en Vautiçanos toda la región,
fynco en Vautiçanos toda la región,
est ninno de los godos, poderoso varón,
omme de grand esfuerzo e de grand corazón.»**

Vautizanos es Witiza, el hombre sobre el cual descargaron toda la responsabilidad de la invasión, todos los cronistas medievales desde Alfonso III, lleno de iniquidad, «probrasmus, flagitiosus, sicut equus et mulus, quibus non est intellectus». El Silense usa otra comparación: «quasi lupos inter aves». El cuadro se entenebrece conforme pasa el tiempo: Lucas de Tuy, Rodrigo de Toledo, la *Crónica General*. El de Lucas de Tuy es particularmente sombrío. Y no obstante, los tres versos que lo dedica el monje de Arlanza son un claro panegírico: gran corazón, gran poderoso, gran esfuerzo. ¿Cómo se explica esto? A mi entender, por la influencia de la *Crónica de 754*. El llamado Pacense que es para él, no sólo benévolo, sino entusiasta: «quanquam petulanter, clementissimus tamen...; flotentissime regnum retemptat...; omnis Hispania gaudio nimio freta laetatur» (10). Podríamos preguntarnos si era interesado este elogio, pero no es ésta cuestión de este lugar. Lo que importa es subrayar que en toda la historiografía medieval no hallaríamos un juicio favorable al penúltimo rey goda, fuera del que nos ofrece el poema, influido, ésta parece la explicación obvia, por la crónica cordobesa del año 754 que había inspirado ya su juicio malévolo para Egica.

Todo florecía bajo el cetro de aquel príncipe justo, benigno y liberal. Los pueblos vivían alegres y felices, dice el cronista; y el poeta traza un cuadro paradisíaco: España obedecía al hijo de la Virgen; no había en ella envidias ni disensiones; en las iglesias abundaba la cera, el aceite y la paz; los labradores vivían de sus trabajos; los gobernantes eran justos y no robaban; y cada cual se atenía a su derecho. Todo esto se deshizo en un momento.

«El gozo que auya en llanto fue tornado.»

Al contar la tragedia de la invasión tiene el poeta una interpretación tan personal de lo que conocía por diversos relatos,

(10) *Crónica Mozárabe de 754*; en *España Sagrada*, tomo VIII, página 286.

que apenas podemos vislumbrar en qué fuentes se inspira. Habla en términos elogiosos del rey don Rodrigo, buen guerreador, enemigo mortal de moros, que ganó a Montes Claros, es decir la región montañosa de Marruecos. Como se ve tiene una idea muy vaga acerca de él, pues no sabe que apenas tuvo tiempo de guerrear. «Elegido tumultuosamente por el Senado en 710», pierde el reino y la vida en el verano del año siguiente (11). Para el poeta, es él, no Witiza como creía un sector de la opinión popular el culpable de la violación de la Caba. A pesar de sus elogios acepta la culpabilidad de Rodrigo:

por culpa en que era no l'era Dios amigo.

Lo que él sabe de la invasión no coincide plenamente ni con don Rodrigo de Toledo, ni con don Lucas de Tuy; está, en primer lugar, la traición de los hijos de Witiza, que «nunca debieron nacer»; a la cual se junta la venganza del conde don Illán, que no es un virrey o gobernador africano, sino un magnate toledano que pasó a Marruecos a cobrar las parias. Discretamente, monacalmente, alude el poeta a la pasión amorosa del rey:

«hobo en este comedio tal cosa contecido»

Vienen luego los tratos entre el conde y Vusarván, como llama el monje poeta a Tarik, recordando sin duda, la **Crónica mozárabe** o **Epítome Imperatorum**, que le llama Abuzara. Todo el relato de la vuelta de Illán, su entrada en el palacio real y la conversación y que le da el consejo de convertir todas las armas del reino en arados e instrumentos de cultivo parece tomado de un romance popular más que de un historiador, de Lucas de Tuy, en quien algunos han pensado que de Rodrigo de Toledo, como propone el P. Serrano. La narración del Toledano es muy distinta y en cuanto a Lucas de Tuy, es verdad que también nos habla del consejo fatal que da don Hillán a don Rodrigo, pero en él se da una solución distinta: como enviar las armas y los caballos al Africa y a las Galias, en vez de destinarlos a la labranza. Las dos versiones deben proceder de la misma fuente: un canto juglaresco. Podríamos, también, suponer como cree Marden, que hubo una crónica, hoy perdida, en que se inspiró el poeta. En la **Crónica General** se hace una

(11) *Ibidem*. Págs. 286-289. «Crónica Silense». En *España Sagrada*, tomo XVII, pág. 273. Sobre Witiza, en Lucas de Tuy; véase *Chornicon Mundi*, en Shott, *Hispania Illustrata*, liber testius, pág. 69.

mezcla de lo que sobre Rodrigo y Witiza cuentan el Tudense y el Toledano. En ella el rey que derriba los muros de las ciudades y hace de las armas de hierros rejas y azadas es Witiza. «Pero diz aquí Lucas de Tuy que el rey Rodrigo mandó desfacer las armas, et que en su tiempo fue, e aun falla omne en algunos otros lugares que lo fizo por consello del cuende Julián. Assi, en esta guisa, como decimos, fue toda Espanna llena de enemigos et de pecado et de sobeyanía de mal..., ca todos los omnes de la tierra auien corrompida su vida, e al que era bueno nol preciaban una paia, e al derechuzero quanto a una espina de sebe, esto es zarza» (12). Creo, con Marden, que esta última frase tiene relación con el poema o con la crónica que le sirvió de fuente.

A esta crónica pueden achacarse también las irregularidades que encontramos en la descripción de la batalla, las profecías a que se alude en la estrofa 77 (13), la extraña localización «en el campo que dizen Sangonera, cerca del Guadiana, o cómo interpreta la Crónica General, «entre Murcia et Lorca», las diversas oscilaciones de la lucha hasta que «morieron los christianos todos». Por lo que se refiere al fin de don Rodrigo trae sólo este verso:

«del buen rrey esas oras non sopieron mandarlas.»

Según la primera Crónica General, «Don Lucas Tuy cuenta que murió allí lidiando, mas no que ciertamente lo sopiese él, et por ende lo pon en dubda. E dalli adelante nunqua sopieron más que se fizo, si non que despues a tiempo en la cibdad de Viseo en tierra de Portugal, fue fallado un luziello, en que seye escripto: «Aqui yace el rey Rodrigo el postrimero rey de los godos». Esto mismo nos dice la estrofa 84:

«En Viseo fallaron después una sepultura...» (14)

(12) *Primera Crónica General*. Edición de MENÉNDEZ PIDAL, en «Nueva Biblioteca», de A. A. E. E., pág. 305.

(13) Dice el poema, aludiendo a la derrota: «Ya fue de los profetas esto profetizado». De Dozy, en *Recherches*, tomo I, pág. 30, son estas palabras: «En Egipto y entre los árabes existían muchas profecías relativas a la pérdida de España. Una de las más corrientes refería que Muza, siendo astrólogo, leyó en las estrellas que España había de ser conquistada por él mismo».

(14) *Primera Crónica General*, l, c, págs. 308-309. No puede decirse que esta noticia proceda de Lucas de Tuy, pues la vemos en todas las crónicas desde la de Alfonso III, la *Silense* y la *Najerense*. En la estrofa 86 hay un verso que dice:

«Tomaron las reliquias todas quantas pudieron»

Es un hecho que muchas reliquias fueron entonces llevadas a Asturias y aún a Francia. Recordemos el Arca de las reliquias de Oviedo, y las de Santiago en Mérida, que según parece fueron a parar a Compostela.

Esta noticia es tan antigua que aparece ya desde el siglo IX en la Crónica de Alfonso III; en el XIII la traen lo mismo el obispo de Tuy que el arzobispo de Toledo. A este último recuerdan las estrofas siguientes: en que se describe la devastación y destrucción de España, así como los sufrimientos y lágrimas, de los españoles. Esta estrofa, por ejemplo, parece una traducción del capítulo 22 del tercer libro de «Rebus Hispaniae»:

**«Dentro de las yglesias fazían establiás,
Facian en los altares, muchas fieras folias,
Robaban los tesoros, de las sacristanías,
Lloraban los cristianos, las noches e los días.»**

«Eclesiae diruuntur, et quae laudabant in cymbalis provocant in basphmiis; solempnia penitus, cessaverunt et Ecclesiae organa in blasphemiam transierunt defaedit abusus ornamenta: et vasa santa contaminat alieni... thesauros ecclesiarum exhauserunt...» (15).

Termina esta lamentación con una noticia en que el autor vuelve a sugerirnos nuevamente que se inspiraba en una historia conocida.

**«Semeia fyera cosa más dizlo el ditado
a San Martín de Porres ovieron allegado.»**

¿Qué dictado es este? Sin duda la Crónica mozárabe, de donde había sacado los nombres de Cindus y Vuzarvam. Ella, efectivamente nos dice que en aquella expedición del año 732, que había de terminar con la batalla de Poitiers Abdal Rahman el Gafeti «se detuvo a destruir la catedral y los palacios de Tours, intentando saquear las iglesias del país, antes de encontrarse con Carlos Martel (16).

LAS CIEN DONCELLAS

Una de las consecuencias de la invasión, según el poema, fue la obligación de dar a los vencedores las cien doncellas legendarias:

**«Avyan en tot esto a Almozor dar
cient donzellas fermosas que fuessen por cassar
avyanlas. Por Castyella cada una a buscar;
avyanlo de cumplir, pero con grand pesar.»**

(15) RODRIGO DE TOLEDO, *De rebus Hispaniae*, libro III, cap. 22. Edición de Valencia, 1968, pág. 70.

(16) *Crónica Mozárabe*, en ES, 1, c., y MOMMSEN, en *Mon. Germ. Hist. Auctores Antiquissimi*, XI, p. 361.

Según las crónicas medievales el tributo empezó en tiempo del rey Aurelio. El primero que habla de él es don Lucas de Tuy, que, al parecer no es el inspirador del poema, en el cual se dice que era Castilla, no Asturias quien debía darle. Al mismo tiempo que el Tudense, o tal vez antes, alude a esta tributación humana Gonzalo de Berceo en la vida de San Millán, estrofas 362-489. Según él, el tributo quedó abolido después de una batalla en que Fernán González venció a los moros. Nuestro poeta recoge aquí probablemente una tradición juglaresca. El tributo inmediato a la batalla del Guadalete y aplicar a Castilla, son dos circunstancias ajenas al obispo de Tuy (17).

LA MONARQUIA ASTURIANA

Singulares son las noticias que nos da el poema sobre la restauración del reino de los godos. Sus recuerdos sobre Pelayo que se parecen a los que antes no ha contado de Wamba: Un ángel avisa a los cristianos que busquen al hombre destinado por Dios para defenderlos. Buscáronle, efectivamente, y le encontraron en una cueva, hambriento y mal vestido.

**«Besáronle las manos, e diéronle el rreynado,
ovolo reseibir pero non de su grado.»**

Nada parecido nos encontramos en las crónicas conocidas. Un indicio lejano podría encontrarse en estas palabras del Silense: «Habiendo llegado a la cueva un espartario del rey Rodrigo, llamado Pelayo, que perseguido por los moros, vagaba de un lado para otro, apoyado en el oráculo divino, fue confirmado por el señor para combatir a los bárbaros con algunos caballeros godos. Después, habiéndose reunido los astures todos le proclamaron rey» (18). El oráculo divino puede haberse convertido en la voz del ángel; la persecución puede haber hecho pensar en el refugio; pero la tradición escrita y oral, que recoge el poema, supone un nuevo estadio en la evolución del te-

(17) El *Tudense* y el *Emilianense* son contemporáneos, *El Chronicón mundi* se terminó de escribir en 1236; Berceo que era ya diácono en 1221 y que vivía aún en 1236 había escrito ya probablemente su vida de San Millán, conocida aunque silenciada por el monje de Arlanza que nada nos dice de la parte que tuvo el conde en la abolición del tributo y frente a los relatos medievales, afirma que fue introducido después de la batalla de Jerez, no en tiempo de Aurelio y Mauregato, «amigos de los musulmanes».

(18) *Crónica Silense*. En *España Sagrada*, T. 17, p. 273. Aunque ese texto recuerde el del Poema, no puede afirmarse que le haya inspirado.

ma. En la lucha que viene a continuación, sucede el milagro que cuentan las crónicas de las «saetas y guadriellos», que arrojados por los moros se vuelven contra ellos. Era algo que sabía todo el mundo, como observa el poeta hablando con sus oyentes, a la manera de los juglares:

«bien creo que lo oyestes alguna vez contar.»

En líneas generales es lo conocido por todo el mundo lo que se nos dice al hablar de los primeros reyes asturianos, pero siempre con detalles indicadores de que el monje había leído ligeramente sus fuentes o que las interpretaba con gran libertad, o bien que tenía a su disposición textos desconocidos para nosotros. A Favila le dan los historiadores dos o tres años de reinado; él sólo le concede uno; añaden que no hizo nada digno de memoria; él, en cambio, afirma que fue un **mal varón**, y nada más dice de su muerte en las garras del oso. Le importa, en cambio, recordar, que cuando él desaparece, viene a reinar el señor de Cantabria, Alfonso, «una lanza dudada», por su casamiento con una hija de Pelayo. Es el que ganó a Viseo, a Astorga, a Braga, a Salamanca, a Zamora y Amaya «que es un alto poyal». Recuerda sólo algunas de las ciudades más importantes, que desmanteló y pasa adelante después de hacerle un grande elogio de conquistador (19). A su hijo le trata con una dureza que no parecen justificar las crónicas conocidas, y que no se inspira en ellas, lo indica la forma misma del nombre, pues le llama Fabya en vez de Fruela. Que él afirma «que fue malo probado», y que reinó poco tiempo. Los textos históricos que a él se refieren nos dicen que reinó 13 años y que luchó denodada y misteriosamente contra los moros. Un indicio más de que el monje tenía a mano un texto cronístico desconocido para nosotros.

Nada dice el poema acerca de los sitios en que se desarrolla la vida de estos reyes; no mienta a Covadonga, aunque habla de la cueva de Pelayo, ni a Oviedo, aunque al mencionar a Alfonso el Casto, nos dice que es el que hizo la iglesia de San Salvador. Creo, sin embargo, contra lo que dice el P. Serrano, que él piensa en Asturias, y lo mismo que don Rodrigo de Toledo, localiza la gesta de Pelayo en los lugares señalados por la tradición. Por

(19) Ya las crónicas del siglo IX, habían hablado de dos docenas de ciudades, destruidas por el primer Alfonso, así como de el suceso milagroso de las doce vírgenes que se oyeron en su sepulcro, hecho milagroso silenciado por el poema o sugerido sólo con estos versos:

*Murio est rey alfonso, sennor aventurado,
que era el paroyso, tan buen rrey heredado.*

eso tiene un interés especial en afirmar el encumbramiento al trono del señor de Cantabria. Narra con rapidez; por eso de Fabya pasa a Alfonso II, olvidando los reinados de Aurelio, Silo, Mauregato y Vermudo; y en el de Alfonso lo que le interesa es Bernardo, que es para él un héroe castellano.

BERNARDO DEL CARPIO

Diecisiete estrofas dedica el poema a contar las hazañas de este héroe fabuloso (127-143). Siguiendo a Menéndez Pelayo, don Ramón Menéndez Pidal afirma que el poeta se inspira en el **Chronicón mundi** de Lucas de Tuy. El P. Serrano lo niega; para él el relato se parece más bien al que trae Rodrigo de Toledo. Se impone el examen.

Según el poema, Carlomagno exige un tributo de Alfonso el Casto, que debe atenerse a las consecuencias si rehusa. El rey asturiano se niega a dar parias, anunciando que una guerra de cinco años no bastaría para someter a España (20). El emperador prepara un ejército y le lanza contra Castilla. Por encargo del rey Casto, Bernardo sale al encuentro y le derrota en Fuenterrabía, matando, «como diz la escriptura» siete de los doce Pares. Los franceses se rehacen en la ciudad de Marsella, y entran de nuevo en España por el puerto de Gitarea y por el paso de Aspa. Bernardo con sus castellanos, va en auxilio del rey moro de Zaragoza, Marsil, le toma la delantera para su gente y le consigue una victoria definitiva.

«Fue ésta más negra que la primera vez.»

Nada se nos dice del origen de Bernardo. El poeta le conllanos. Tiene dos encuentros con los franceses, uno en Fuentevierte en un héroe castellano, que capitanea a los pueblos casterrabía y otro en el puerto de Gitarea, como llama él a Roncesvalles, aunque habla también del puerto de Aspa o Aspe cerca de Somport. Para el arzobispo don Rodrigo, fue aquélla una lucha en la que intervinieron solamente los cristianos man-

(20) El poema trae este verso: «que más la querían ellos en çinco annos ganar».

Según Menéndez Pidal podría leerse *siet annos*, y sería una clara reminiscencia de aquel verso de la *Chansón de Roland*:

Set anz ut plem ad estet en Spaigne.

Siete años habría estado Carlomagno en España.

dados por Alfonso y por Bernardo. Nada tiene que ver su relato con el Poema, que no sabemos de dónde es el relato del primer encuentro. Es verdad que también don Rodrigo menciona el puerto de Aspe pero por lo demás no hay en él el menor parentesco literario entre el historiador y el poeta. Lucas del Tuy, el primero que nos habla de Bernardo, se parece más al poeta, pues también él atribuye el triunfo al rey Marsil, a quien ayuda Bernardo; pero en él no encontramos alusión alguna al encuentro de Fuenterrabia (21), ni al puerto de Giterea. Según el Tudense, Bernardo ayuda a los sarracenos, «pospuesto el temor de Dios», una frase que puede recordarnos el verso del poema:

«Sy sobre moros fuese era buena provada.»

Vistas las diferencias, me inclinaría a explicar el parecido por la influencia de las mismas fuentes: los cantos de los juglares. Pero aquí nos encontramos con una cita en la cual se ve que el autor pensaba en un libro determinado:

**«Mató y de franceses rreyes e potestades,
com diz la escriptura siete fueron sepades.»**

El **escriptura** en que piensa, Marden lo ha visto certeramente, es la Crónica de Turpin, el tercer libro del Códice Calistino. En ella, después de hablarnos del rey Marsil (Marsirus), se nos dice que sólo cinco de los **pugnatores**, de los doce pares, sobrevivieron. Coincide con esto la crónica de Arredondo, según la cual fueron siete condes o potestades. En el pseudo Turpin encontramos también la mención del puerto de Giterea, de Cice o de Cisera, en frases como ésta: «Doner ipsi Carolus cum aliis exercitibus portum Cicereos transiret usque ad pedem portuum Cisere pervinit» (23).

(21) No creo que Fuenterrabia fuera el Roncesvalles de la leyenda. El poema nos habla de dos batallas: una ganada en Fuenterrabia, que era tierra del rey Casto, ganada exclusivamente por Bernardo y su rey en lo cual coincide don Rodrigo de Toledo, y otra, la de Roncesvalles o Gitarea, como él la llama, en la cual luchan el rey moro y Bernardo y este relato se parece más al que trae Lucas de Tuy.

(22) W. M. HIPEHILL, *Historia Fertimi* (Compostela, 1935), páginas 328-330. Ya Milá había adivinado que el número 7 se refiere a los pares de Carlomagno, y parece completarse con el de los pugnatores que sobrevivieron. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Romancero de Fernán González*, pág. 448; MARDEN, pág. XXXIV.

(23) He aquí la frase de Lucas de Tuy: «Inter caeteras regiones excellent orbem universum equis pulcherrimis et fortissimis agilitate mirabili velocissimis». Rodrigo de Toledo dice únicamente: «Suberba equis commoda nullis». R. MENÉNDEZ PIDAL, *Romancero de Fernán González*, pág. 449.

Parece, por tanto, probable, que en esta estrofa la **escritura** es ese fantástico relato del falso Turpin, que en el siglo XIII, era una de las historias de la rica librería de Silos.

EL ELOGIO DE ESPAÑA

Son las estrofas 144-160 demostración bella y fervorosa del patriotismo del poeta. Hay versos inolvidables; nada puede compararse a las cosas y a los hombres de España. Con sobriedad suprema ensalza a Castilla:

«Pero de toda Spanna Castiella es mejor.»

y particularmente, Castilla la Vieja y la Montaña.

El monje de Arlanza recoge aquí ecos de crónicas y panegíricos; están, en primer lugar, las «Laudes Hispaniae», que San Isidoro puso al frente de su **Historia de los Godos**. En ellas se inspiró Lucas de Tuy para el elogio que hace el **Chronicón Mundi**, y unos años después, don Rodrigo de Toledo para las alabanzas que teje en el capítulo XXI del tercer libro de **Rebus Hispaniae**. El poeta sigue de una manera muy personal una tradición literaria. Menéndez Pidal cree que se inspira fundamentalmente en el Tudense; el P. Serrano, en cambio, señala su dependencia del Toledano. Se dice que de las **Laudes de Hispaniae** proceden las alabanzas del aceite, del clima, de los vinos, de las tierras, de los valles, de los bosques y de la grana «para fer escarlata». Tres veces habla también San Isidoro de los caballos hispanos: «Ni Alfeo iguala sus caballos, aunque coronado de olímpicas palmas dirija por los espacios sus veloces cuadrigas — no tiene porque añorar seguro de tus corceles, los carros alados de los dioses. — Eres amarilla por tus corrientes auríferas, en cuyas orillas se apacienta la raza magnífica de sus caballos». Si fuésemos a buscar un antecedente, pensaríamos en el doctor sevillano más bien que en la frase con que Lucas de Tuy ensalza los «pulquérrimus, fortísimos y velocísimos caballos de España».

Hay una cosa en que el monje recuerda particularmente al obispo de Tuy. Si el sevillano había llamado a España rica en valores ilustres, en gobernantes, y en hombres de estado, el Tudense la celebra particularmente por su mártires, entre los que se destaca San Lorenzo, y sobre todo: porque el Señor la enriqueció de tal manera, que quiso llevar a ella el cuerpo del protomártir de los Apóstoles, Santiago». Esta frase parece lite-

ralmente traducida en los dos primeros versos de la estrofa 153:

**«Fuertement quiso Dios a Spanna honrar
quand al santo Apóstol quiso y enviar.» (24)**

La estrofa siguiente parece una síntesis de lo que a continuación leemos en el **Chronicón Mundi** por algunos personajes, siervos de Dios, vírgenes y héroes que se distinguieron en la historia eclesiástica de España:

**«Onrole otra guisa el preçioso Sennor:
Fueron y muchos santos muertos por su Señor,
de morir a cuchiello non ovieron temor,
muchas vírgenes santas, mucho buen confessor.»**

Creería con don Ramón Menéndez Pidal que este pasaje apunta claramente hacia la historia de Lucas de Tuy. Hasta los dos versos de la estrofa siguiente:

**«Omnes sodes sesudos mesura heredades,
desto por tot el mundo muy grand preçio ganado.»**

Parecen recordarnos la alocución del historiador del siglo XIII al rey y a los españoles en general.

(24) La novedad del *Tudense* es que él hace alusión a los grandes hombres que honraran a España, especialmente a Santiago. Esta frase: «In tantum Hispaniam colestibus dictavit donis, ut protomartyris apostolorum Jacobi corpus sibi transmitteret, quand al santo apostol quiso y enviar».

Es este el lugar en que más claramente se adivina la influencia de Lucas de Tuy.

¿Se trata de una influencia directa? Marden, que ha estudiado diligentemente este pasaje no está seguro de ello, pues llega a pensar en un texto más detallado que el *Tudense* y las *Laudes* isidorianas. La mención de la cera y de la sal, que no figuran en ninguna de estas dos fuentes, podría venir de esa procedencia. Hablando del plima, el *Tudense* trae sólo estas dos palabras: *acris salubritate*; San Isidoro, en cambio, dice: «Tu sub mundi plaga gratissima sita nec aestivo solis ardore torreris nec glaciale rigore tabescis, sed temperata caeli zona praecincta zépheris felicibus tnutriris». Todo esto, como las alusiones a los vinos, al aceite, a la grana, a las sierras, a los valles, a las corrientes auríferas, está más cerca del poema:

**«Tyerra es muy temprada, syn grandes calenturas
non face en yvyerno destempradas friuras.»**

Menéndez Pidal se pregunta: «¿De dónde tomó Fernán González el mentar la sal, el lino, la lana, la cera?». Y contesta: «Acaso fue añadiduras sin fuente precisa, pues la enumeración convidaba a ser ensanchada; así la *primera crónica general*, traduciendo al *Toledano*, interpola la mención de la sal y la cera». (*Reseña de la edición del poema de Fernán González hecha por Murden*, págs. 243-256).

LOS JUECES

No podía faltar en el poema la leyenda o si se quiere, la historia de los jueces. Hoy se la suele considerar una leyenda sin contenido. Ramos Loscertales escribió, en 1948, un artículo de todo punto negativo en Cuadernos de Historia de España, Buenos Aires, y Sánchez Albornoz no parece estar de acuerdo con sus conclusiones. Menéndez Pidal acepta la historicidad de la leyenda, pero, influido por los historiadores del siglo XIII, el Tudense y el Toledano, la coloca en el siglo X, más concretamente durante el reinado de Fruela II (924-925). Recogiendo una tradición anterior, el poema la sitúa al morir Alfonso el Casto (842):

**«Fuese d'aqueste mundo poral otro mejor;
fincó toda la tierra essora sin sennor.»**

Recordemos las circunstancias históricas. Nacido alrededor de 755, antes, seguramente, Alfonso tenía al morir, entre 80 y 90 años. Le sucede Ramiro I, después de vencer la rivalidad de otro pretendiente al trono. Va a reinar 8 años, llenos de revueltas, de complots, de luchas contra los musulmanes y contra un nuevo enemigo, los normandos. A este Ramiro le llama la **Crónica de Albelda** «vara de justicia». Persiguió el bandidaje, mandando sacar los ojos a los ladrones que caían en sus manos; con los adivinos y hechiceros era más riguroso todavía, pues mandó exterminarlos por las hogueras. La misma dureza desplegó con los nobles revoltosos. A su rival Nepociano lo cegó y encerró en un monasterio. Aldroito, prefecto del palacio, que preparaba otra conjuración, sufrió la misma pena. Piniolo, que le sucedió en el primer oficio palatino, quiso también reinar, pero después de una lucha, fue apresado y ejecutado con sus siete hijos. En 842 y 843 lucha con los piratas del norte en las costas gallegas; en 844 y 846, ejércitos musulmanes en la Rioja y en León, que empezaba a repoblarse.

Entre los repobladores, en su avance hacia el sur, habían pasado el Ebro, sin otros recursos en caso de invasión, que esconderse en las montañas o buscar el refugio de sus castillos. Sabemos que en 816, Alfonso el Casto, descendió hasta las cercanías de Miranda en su ayuda, pues, y sobre todo en los años de su extrema vejez, no sabemos que volviese a acordarse de ellos. Con su sucesor las cosas se habían puesto peor todavía. Ramiro, que había triunfado apoyado en Galicia, debió mirar con poca simpatía a la parte oriental del reino, que se había

opuesto a su advenimiento. El abandono y el desgobierno debió ser grande. Que la tierra quedó sin señor nos lo confirma la historia de un caballero de la Montaña, llamado Rebelio, que a la muerte de Alfonso II se presentó en Oviedo, y consiguió de Nopeciario, tal vez, de alguna ayuda en aquella guerra civil, un escrito que le daba la posesión del monasterio de San Juan del Castillo, dependencia de Santa María del Puerto. El lo utilizó inmediatamente, arrojando de allí a los monjes. Ramiro triunfó, pero no tuvo poder para hacer triunfar la justicia. Rebelio se quedó con el monasterio, hasta que reinando ya Orduño, Santa María del Puerto consiguió recuperar lo suyo. En estas condiciones los castellanos comprendieron que debían valerse por sí mismos. Tal vez los godos, que eran numerosos entre ellos, se acordaron de algunas normas existentes entre los antiguos germanos, conservadas por ellos en sus asentamientos a uno y otro lado del Duero. Algunas sobrevivieron efectivamente en la existencia azarosa de los repobladores. Según Tácito y César los bosques, los prados y los ríos eran propiedad del común, los ganados, en cambio pertenecían a los particulares. La autoridad pertenecía a unos jefes elegidos por la asamblea. Ellos repartían los campos anualmente y administraban justicia esencialmente por arbitraje o por libre albedrío. Alguna vez se reunía la asamblea general de los guerreros para elegir rey, si había una familia de origen divino, o para escoger algunos jefes militares, generalmente dos.

¿Por qué no admitir algo de esto en aquella Castilla donde florecían tantas cosas de la antigua cultura germánica? Aquel ambiente de los últimos años de Alfonso el Casto y del reinado de Ramiro, exigían la aparición de una institución semejante, hasta tal punto que, aunque no existiese esa tradición, autorizada, tendríamos derecho a pensar que las cosas pasaron como ella nos lo describe. No se trata de una protesta aislada contra León u Oviedo, sino de una necesidad impuesta por las circunstancias políticas. De Oviedo no se podía esperar ni justicia rápida ni protección militar. Pero lo más característico acaso no fue la institución de los jueces-alcaldes, como los llama el poema, lo mismo que el cronicón de Cardeña, sino la manera que adoptaron los jueces para administrar justicia. Los emigrantes venían a estas tierras de colonización y presura con los enseres e instrumentos necesarios para su trabajo. De libros no se nos habla antes de 850, más que en una sola escritura, y se trata de aquéllos que eran indispensables para las solemnidades litúrgicas. El Fuero Juzgo les tenía sin cuidado. Se dirá más tarde que en un momento de protesta los castellanos recogieron todos los códigos de la Lex y los quemaron a la puerta de la igle-

sia de Santa Gadea de Burgos. Pocos debieron encontrar pues mientras que las alusiones a ella son frecuente en León y Galicia, apenas si se la cita en la rica documentación castellana. Sólo una mención nos ofrece de la ley de los godos en un documento de Garci Fernández, que con este gesto demostraba el espíritu de comprensión y conciliación que inspiró toda su vida. Podemos decir que esta diferencia de procedimientos legales, nacida en parte de las viejas costumbres góticas, en parte de la antigua oposición cántabra, y en parte también de las condiciones de vida, que imponía la lucha de fronteras de la existencia de los fueros particulares, incompatibles con el fuero común, es uno de los rasgos característicos de aquella Castilla naciente.

Ramos Loscertales fundamenta su argumentación en lo tardío de las noticias que tenemos de los jueces; el siglo XII para sus nombres, y supone que la leyenda surgió para halagar al emperador Alfonso VII, que, según los aduladores descendería de estos dos personajes a través del conde Fernán González y del Cid Campeador. Pero es un hecho que antes de Alfonso VII conocemos ya los nombres de Nuño y Lain Calvo, y por otra parte, ¿no caen en la cuenta de que hubiera sido reirse del emperador hacerle descendiente de dos personajes oscuros y hasta entonces desconocidos? ¿Tan ignorante suponen al rey y sus cortesanos, que los creen capaces de tragarse un cuento sin realidad ninguna?

Probablemente, más que una aclaración popular, hubo por parte de los castellanos un esfuerzo audaz para resolver por sí mismos los problemas jurídicos y guerreros de la repoblación, de una manera más expeditiva para aplicar el Derecho que se llamó juzgar por albedrío. En esto se distinguieron seguramente por su prudencia y por la ejemplaridad de sus **fazañas** algunos hombres, de entre los cuales la tradición popular ha conservado dos nombres, que son como la encarnación del espíritu que movía a los demás (25).

LAIN CALVO. — La tradición conservó, aureolados por la leyenda, los nombres de dos de aquellos Jueces, en quienes están comprendidos otros muchos que juzgaron por fuero de albedrío. La Crónica Najerense que recoge noticias populares de la época anterior, los llama ya Nuño Rasura o Rasuella y Lain

(25) Sobre los Jueces véase: SOTA, *Príncipe de Asturias y Cantabria*, p. 460; BERGANZA, *Antigüedades de España*, I, 186-188; GALO SÁNCHEZ, en *Anuario de Historia del Derecho Español*, II, 1925, p. 559; R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, 1929, I, p. 102; DIEGO GUTIÉRREZ, *Disertación histórica, cronológica y genealógica*, sobre Nuño Núñez Rasura y Lain Calvo, Madrid, 1782; RAMOS LOSCERTALES, *Los Jueces de Castilla*, en *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, 1948.

Calvo, y sabemos que esta Crónica fue escrita hacia 1160. La tradición del siglo XIII, representada por el Liber Regnum, por el Toledano y por el Tudense, sabe que Lain Calvo era hombre de humor colérico y que mal avenido con los alegatos judiciales, más propios de Nuño Núñez, hombre ya entrado en años a mediados del siglo IX, consagró su actividad a las fatigas de la guerra. Por eso el poema le llama «el buen guerrador», coincidiendo con las crónicas antiguas, al afirmar que de él vino el Cid Campeador. Este nombre, Flaginus, Flaynus, Lain, de cuño acaso ibérico, era frecuente en aquella primitiva Castilla de las márgenes del Ebro. Lo que no es posible encontrar en la forma completa de Flaynus Calvus a pesar de que Sandoval afirma haberle visto en el documento de las «millas de Santiago» otorgado por Ordoño II, pues el documento existe y nosotros no vemos tal cosa. Hay un Flaginus, abuelo del Cid que vivió en la cuenca del Urbel, durante la segunda mitad del siglo X, pero éste no pudo ser el Lain Calvo de la leyenda, sino posiblemente un nieto suyo.

NUÑO RASURA. — Rodando, de boca en boca, los relatos juglarescos se llenaron de confusiones y de anacronismos que después pasaron a las crónicas. Ya, hacia el año 1160, la Najerense daba esta genealogía: «Nuño Belquídez engendró a Nuño Rasura, Nuño Rasura engendró a Gonzalo Núñez, Gonzalo Núñez engendró a Fernán González, el que según se dice, sacó a los castellanos del yugo leonés». Todo esto lo aceptaron los historiadores del siglo XIII, añadiendo que la mujer de Gonzalo Núñez, se llamó Jimena. El poema va más lejos todavía. Según él, Nuño Rasura engendra a Gonzalo Núñez, del cual nacen tres hijos varones, que son los que dividieron la tierra de acuerdo con los mojones todavía existentes en el siglo XIII. Fueron: Diego, Rodrigo y Fernando. Esta novedad obedece a la idea de juntar los nombres de los condes del siglo IX, Rodrigo y Diego Porcelos, fundador de Burgos, con la nueva dinastía del siglo X, en un parentesco imposible. Rodrigo murió en 873; Diego, en 885; Fernando, en 970.

Y del mismo modo que éste, hay que rectificar otros datos del poema; así hay que eliminar a ese Gonzalo Núñez «Ome muy atrevido que amparó bien la tierra»; a pesar de lo cual, ni él ni su supuesta mujer Jimena, figuran en las crónicas ni en los documentos. Otra vez nos encontramos aquí, la síntesis personal, tan cara en la juglaría. Todo el mundo considera que Nuño Rasura, hijo de Nuño Belquídez, ha de ser el Nuño Núñez que en 824 dio los «fueros de Brañosera» y que en 840 - 850 estaría en condiciones de administrar justicia, mientras su compañero Lain Calvo se entregaba a las du-

ras tareas de la guerra. Más bien que el abuelo, tuvo que ser el bisabuelo de Fernán González, nacido hacia el año 910. Es una nueva distancia temporal que exige cuatro generaciones, que son las que nos da la documentación; Nuño Núñez el de Brañosera (824), Fernando Núñez, el de Castrosero (860), Gonzalo Fernández, el de Lara, Clunia y San Esteban (899-914) y Fernán González (910-970). No creo necesario detenerme en el punto, que he tratado de demostrar en otra parte. Recordaremos únicamente: 1.º—Que la afirmación tradicional viene envuelta en errores que impiden tomarla en serio; 2.º—Que el nombre de Gonzalo Núñez es completamente desconocido en la nutrida documentación que tenemos alrededor del año 900; 3.º—Que el Gonzalo que se establece en Lara en 902 es el mismo que en 912 avanza hasta Clunia, y bien sabido es que el repoblador de Clunia, de Haza y de San Esteban es Gonzalo Fernández; 4.º—Que el nombre de Fernando, que llevaba el conde libertador de Castilla, supone, de acuerdo con la costumbre de aquel tiempo, que su abuelo se llamaba también Fernando; y 5.º—Que en las confirmaciones del fuero de Brañosera, Gonzalo Fernández nos dice expresamente que sus abuelos se llamaban Nuño Núñez y Argilo. Por esta confirmación sabemos de tres eslabones: Nuño Núñez, Fernando Nuño y Gonzalo Fernández. Vienen luego el cuarto: Fernán González, que decía en 968: «Vi la carta de mis abuelos Nuño Núñez y Argilo..., y confirmo sus fueros y términos como hicieron Nuño Núñez y Argilo y Gonzalo Fernández». Y el nieto de Fernán González, Sancho García, diría: «Vi la carta de mis bisabuelos Nuño Núñez y Argilo y de mis abuelos Gonzalo Fernández y Fernán González...». Esto es decisivo. Fernán González es el abuelo de Sancho en la tercera generación como Gonzalo Fernández lo es en la cuarta (26).

C A R A Z O

Desde su ventana en el monasterio de Arlanza, el monje poeta podía admirar con toda su majestad y fortaleza las «peños de Carazo, una sierra muy alta y muy firme castellar». Su conquista va a ser la primera hazaña de su héroe. Sin duda la

(26) Me he detenido en este punto porque con gran sentimiento mío, no puede coincidir con la genealogía defendida por don Ramón Menéndez Pidal, en su artículo *Fernán González, su juventud y su genealogía*, en «Boletín de la Real Academia de la Historia», t. CXXXIV, cuaderno II, págs. 1-30. Véase mi estudio *Fernán González, su juventud y su linaje*, publicado en el homenaje a Johannes Vincke, Madrid, 1962-1963. No necesito trascribir aquí la bibliografía antigua y moderna que allí ofrece.

torre de Carazo, punto estratégico de primer orden en el dominio de los valles circundantes y de la cuenca del Arlanza, junto al cual se alzan, iban unidas al nombre del conde, en el relato de los juglares. No obstante, toda esta tierra era ya cristiana cuando Fernán González no había nacido todavía, y lo era por obra de su padre, gran repoblador, cuya gloria quedó eclipsada por la de su hijo. Hacia el año 900, más concretamente en 902, Gonzalo Fernández, entonces conde de Burgos, había llegado a Lara y fundó allí la ciudad y el castillo; 10 años más tarde en 912, siendo ya conde de Castilla, se establecía en Clunia, unos cuarenta kilómetros al sur. Esto supone que es él quien limpió de moros toda la región de Salas de los Infantes, de Carazo, de Silos y el valle de Tabladillo, de la Sierra de Cervera y toda la zona situada al sur de ella. Sabemos por las crónicas y los anales, que fue él quien, dando otro salto audaz pasó el Duero y repobló Haza y San Esteban de Gormaz.

Sabemos también que a la leyenda le gusta sintetizar, acumulando hazañas sobre un nombre famoso. Esto es lo que hicieron los juglares con el hijo del primer conde de Lara y de Coruña del Conde. La conquista de toda esta tierra habría sido obra suya, y como era natural, su actividad guerrera habría comenzado con la toma de Carazo. Todavía se escuchan por estos pueblos los últimos ecos de los relatos que aprovechó el monje del poema. Los viejos saben que fue efectivamente el conde Fernán González, quien arrojó a los moros de aquellas alturas y adornan el suceso con pintorescos detalles. Nos hablan de una boda que se celebraba en el castillo y que produjo en los defensores un descuido fatal, y añaden que había una mujer afecta a los cristianos, que se había puesto de acuerdo con ellos, aprovechando una noche en que bajó a buscar agua para sus correligionarios a una fuente, que brota en la falda de la montaña. Y ella fue quien con una luz habría indicado a los sitiadores el momento propicio para el asalto. Yo mismo, he bebido agua de esa fuente que sigue llamándose «Fuente de la Mora».

Si en estos relatos hay algo de cierto, debió suceder en tiempo del primer conde de Lara. Pero es más que probable que el Castellar famoso, fuese también testigo de las luchas del conde Fernando. Varias veces los musulmanes pasaron los caminos que corrían al pie, la «fiera sierra», durante su gobierno, el que unía Clunia con Lara, atravesando los montes de Cervera; el que desde el Arlanza llevaba al Najerilla riojano, y el que ponía en comunicación a Lara con Burgos. Varias veces, por lo menos en 934 y 953, las huestes de Abd-al-Rahman llegaron hasta Burgos. Del 934 dicen los **Anales Castellanos**: «se-

gunda vez vinieron los moros a Burgos». Ante un ejército superior, Ramiro II optó por encerrarse en la fortaleza de Osma. El conde debió buscar refugio en otro castillo seguro, tal vez el de Lara o el de Carazo, que el califa bordeó pasando de Salas de los Infantes a la Rioja, para atacar a Navarra. La reina Toda paró el golpe, prometiendo sumisión; en vista de lo cual los musulmanes se dirigieron hacia el oeste, asaltando la capital castellana para seguir después hacia el sur. La vuelta era difícil: guerrillas, emboscadas, ataques repentinos desde las montañas y castillos del trayecto. Sabemos que en Osma sufrieron un grave escarmiento los musulmanes, a donde debieron llegar muy castigados por otros choques anteriores, entre los cuales debió tener especial importancia el de Hacinas, el cual impresionó vivamente la imaginación popular. El monje de Arlanza que vivía a pocos kilómetros de allí, le convirtió en uno de los principales episodios de su poema. Estos recuerdos de Hacinas, de Carazo, de Muñó, de Cascajares y de Lara, que conservan todavía las gentes de aquella región y que el poeta recogió en toda su pujanza, pueden remontarse a los primeros juglares, y corresponden, por tanto, a una realidad histórica (27).

PROFECIA DE SAN PELAYO

Entre la toma de Carazo y la batalla de Lara, se desarrolla en el poema un episodio que merece particular atención. Es el episodio del encuentro de Fernán González con el ermitaño que le anuncia los sucesos más importantes de su vida. Se aparta, cabalgando, de sus mesnadas, en el arroyo de Vasquevannos encuentra un jabalín, le persigue febrilmente, y al llegar a la orilla del río Arlanza, ve que el animal se mete en una cueva, que daba a una ermita dedicada a San Pedro, en la que hacían penitencia tres monjes. Como la ermita está en lo alto de una peña, el conde deja al pie su caballo y trepa hasta la altura (28),

(27) Véase, J. PÉREZ DE URBEL, *El Condado de Castilla*, t. II, 1970, págs. 103-107. En la estrofa 170:

«Estonce era Castilla un pequeño ryncón.

El poeta describe la Castilla anterior al año 900, la de los condes Rodrigo y su hijo Diego Porcelos, limitada por Hítero al oeste, por Montes de Oca al este y al sur por Carazo, todavía en poder de los musulmanes. Berceo había dicho, en la vida de Santo Domingo, hablando de los límites de las tierras de Fernando I, «era de los sus reynos montes de Oca mojón».

(28) La descripción era de tal precisión que no se comprende cómo algunos, basados en este pasaje, han podido dudar que el autor del poema escribiese en Arlanza.

entra en la cueva y olvidado del jabalí hace su oración a la Virgen. Uno de los ermitaños llamado Pelayo, se acerca a él, le ofrece una pobre cena de pan de cebada, le brinda generosa hospitalidad, y antes de dejarlo partir le anuncia los éxitos de su azarosa existencia: vencerá al moro Almanzor, será temido por su valentía, derramará la sangre de los reyes, será preso dos veces por sus enemigos, y Castilla se ensanchará gracias a su esfuerzo. Y termina encomendándose a la generosidad del conde. Este le promete su favor, y consecuente con su palabra, construye, cerca de la peña, en la orilla del río, el monasterio de San Pedro de Arlanza, después famoso.

J. P. Kéller, ha hecho un agudo comentario de este pasaje. Según él, la finalidad primaria del poema habría sido la de defender la vinculación del héroe hacia su abadía. El conocía las obras que en las primeras décadas del siglo había escrito el sacerdote de San Millán de la Cogolla, don Gonzalo de Berceo, y conocía muy particularmente la vida de San Millán y la de Santo Domingo de Silos, cuya primera estrofa imita en el poema. En la «vida de San Millán», el héroe aparecía confundido con la historia de la abadía riojana. Ciertamente, en la primera etapa de su gobierno hasta el año 948, antes que los reyes de Navarra se fijasen en él, había puesto el mayor empeño en hacer de aquella casa un santuario de Castilla. No menos de siete donaciones había hecho a su patrono, considerado como el santo familiar de la casa de Lara. Más tarde, la política navarra y leonesa le obligó a renunciar a sus pretensiones, pero en los comienzos del siglo XIII, la Rioja era ya castellana, y bien podía Berceo presentar íntimamente unidos al santo y al conde. Gracias a la intervención de San Millán, Fernán González gana la gran batalla que abolirá el tributo de las cien doncellas y justificará el privilegio de los votos que un monje emilianense había fraguado años antes (29).

El poeta de Arlanza, dice Kéller, considerando injusta esta vinculación, escribe su poema para desligar a su héroe de Navarra y devolverse a Castilla, para demostrar así que antes que San Millán está su monasterio de Arlanza, fundado por él, enriquecido por él y honrado con su sepultura. Esto último puede ser verdad, pero no es probable que un castellano del siglo XIII, considerase a San Millán como un santo de Navarra, puesto que hacía dos siglos que su monasterio estaba enteramente castellanizado. Admite, sin embargo, que la **Vida de San Millán** del poeta riojano, pudo darle la primera idea para su

(29) Véase el texto de este privilegio famoso en *Índice de documentos de monasterios suprimidos*, p. 255. Sobre su origen: SERRANO, *Cartulario de San Millán*, pág. XXX.

obra y para demostrar que el héroe era más arlantino que emilianense. En consecuencia, sigue los mismos procedimientos que Berceo; le imita desde la primera estrofa; escribe en la cuaderna vía, y alude una y otra vez a sus fuentes como había hecho el riojano: «Al non escribimos sin non lo que leemos» (30).

SAN EUSTAQUIO Y FERNAN GONZALEZ

El pasaje de la profecía de San Pelayo es esencial para descubrirnos este sentimiento de rivalidad entre los dos monasterios, que podía haber movido la pluma de Arlanza. Keller le relaciona ingeniosamente con una obra que en la segunda mitad del siglo XIII era conocida en toda Europa. Me refiero a la **Vida de San Eustaquio**. Delehaye, ha demostrado su origen oriental. Hay de ella versiones griegas y armenias. Desde la alta Edad Media es conocida en Roma. La tradición latina pasa a todas las lenguas occidentales, como el italiano, francés, alemán, inglés, irlandés y español. El manuscrito más antiguo que conocemos, en lengua castellana, es del siglo XIV; pero hubo, sin duda, otros anteriores, o fue conocido oralmente mucho antes. Parece seguro que el monje de Arlanza la conocía a través de textos latinos o franceses. Hay un texto francés de la primera mitad del siglo XIII, en el cual descubrimos variantes, que nos recuerdan algunos detalles que nos ofrece el poema. No importa que la vida de San Eustaquio sea una pura leyenda, sin el menor fundamento histórico; lo que importa es la influencia que pudo tener sobre el poeta de Arlanza. Y, como vamos a ver, esta influencia es evidente.

Según las más antiguas versiones, por ejemplo la versión francesa publicada por Jeésie Murray, en tiempo del emperador Trajano había un guerrero famoso, llamado Plácido, que en visperas de una batalla, se separó del ejército, y dejando a sus compañeros se lanzó en busca de un ciervo descomunal, que le llevó hasta el pie de una alta roca, a la cual no pudo trepar. Miró a su presa desde la llanura y vio entre sus cuernos una

(30) J. P. KELLER, *The unt and prophecy episode of the Poema de Fernán González*, en «Hispanic Review». Vol. 23, 1955, núm. 4, pág. 251. Contra lo que había dicho Correa Calderón, en *Reminiscencias homéricas en el poema de Fernán González*, en «Estudios dedicados a Menéndez Pidal, Madrid, 1953, págs. 359-389»; cree KELLER que hay una influencia directa entre la *Historia Troyana* y el Poema y, naturalmente, afirma que el monje de Arlanza conocía la *Vida de San Millán*, de Berceo, contra lo que dice Alonso Zamora Vicente en la introducción de su edición.

Cruz deslumbrante, oyendo al mismo tiempo una voz que le ordenaba presentarse a recibir el bautismo y volver al día siguiente, para escuchar el futuro de su vida. Plácido obedeció, se bautizó con toda su familia por manos de un obispo que le impuso el nombre de Eustaquio y le rogó que se acordase de él cuando volviese vencedor de sus enemigos. Al siguiente día Eustaquio volvió al mismo lugar, encontró al ciervo y la voz divina le profetizó las pruebas al través de las cuales debía pasar, los sufrimientos y torturas y al fin, el triunfo definitivo.

Es precisamente la historia que se nos cuenta en esta parte del poema, estrofas 190-249. Fernán González ha tomado Carazo, ante el avance del rey moro Almoroz con un ejército innumerable, exhorta a los suyos a combatir. Antes de dar la batalla, se interna en el bosque y se encuentra con un jabalí. Le sigue afanosamente y llega hasta una alta peña; tiene que desmontar y dejando el caballo al pie, sube hasta un agujero que se abre en la roca; pasa y se encuentra en una pequeña capilla donde el monje Pelayo le promete descubrirle el futuro, si se queda allí hasta el día siguiente. Así fue. Antes de despedirle, le anuncia fatigas, prisiones y victorias y, en especial, la victoria que alcanzará inmediatamente del moro Almoroz, y como el obispo a Plácido, le ruego que en medio de su gloria no se olvide de él, ni de su pequeña ermita.

Aunque interpretando su fuente con cierta libertad, y adaptándola a las circunstancias de su héroe, el monje de Arlanza la aprovecha para dejarla íntimamente vinculada a su monasterio. Según Keller, esto no le basta. Necesita deshacer la conexión imaginada por Berceo, entre Fernán González y San Millán. En las estrofas de Berceo, San Millán promete a Fernando que le ayudará en el combate y, efectivamente, en medio de la pelea, dos caballeros desconocidos que podían ser solamente Santiago y San Millán, se presentaron para ayudar a los cristianos. En el poema, Pelayo se aparece al conde, prometiéndole que vendría a ayudarle en compañía de Santiago y de una multitud de celestes auxiliares. Nada dice de San Millán, Mas, he aquí, que San Millán se le aparece también y le dice que cuente con su ayuda:

«Entrante de la lid, ver mas vesyblemente.»

Al tercer día, los cristianos estaban en trance de sucumbir, cuando la presencia de Santiago hizo cambiar la situación. Nada dice el poeta de San Millán y en consecuencia los cristianos le han acusado de descuidado y desmemoriado. ¿No habrá, en el fondo, una intención malévola? Así lo cree el comen-

tarista americano, diciendo: «Se omite la mención de San Millán para probar que el Santo riojano nada tuvo que ver con la victoria y que si como la leyenda contaba, había prometido asistir visiblemente, no había cumplido su palabra. Se recuerda la promesa con el fin de desacreditarle». La de San Pelayo se cumple y sólo a ella se debió la victoria. Este agudo comentario nos da una idea de la rivalidad que existía entre los dos monasterios, y del impacto que hizo, en las riberas del Arlanza, la lectura de la «Vida de San Millán» (31).

EL POBRE CARBONERO

Nada seguro sabemos de las mocedades del gran conde. Todo lo que puede afirmarse es de época tardía. Lo más antiguo sobre su permanencia en la montaña, durante sus años infantiles, es lo que el poema nos dice en las estrofas 176-186, que nos hablan del rapto del niño y de su permanencia en casa de un aldeano montañés, «que labraba carbón». De él habría recibido la educación primera. La leyenda se transforma al correr de los años. La crónica de 1344, la recoge con estas palabras: «Criólo un caballero bueno que era ya viejo, de edad y non pudo usar armas como cumplía, e el caballero era muy sesudo y de muy buenas maneras, e así como él era muy bueno, así mostró al conde Fernán González todo aquello que le complía facer». El carbonero se ha transformado en caballero; y a fines del siglo XV, Gonzalo de Arredondo, cronista del monasterio de Arlanza, sabe ya que el ayo de Fernán González, se llamaba Martín González, tronco del linaje de los Salazar, y que vivía con su pupilo, en el lugar retirado de San Mateo, no lejos de las aguas de Laredo y que el niño le había sido entregado por su mismo padre (32).

Tal vez haya alguna verdad en este relato. Nacido poco después del año 900, cerca de la frontera, entre rumores guerreros y sobresaltos de «razzias» agarenas, era natural que sus padres le llevasen a un lugar más seguro, al interior de aquellos montes, de los cuales había descendido la familia y en los cuales tenían propiedades y vasallos. Gracias a esto las tormentas no trajeron novedades para el Picón de Lara. No hay

(31) HIP, DELEHAYE, *La legende de Saint Eustache*, en «Melanges d'hagiographie», 1968, págs. 212-250.

(32) Véase sobre esto R. MENÉNDEZ PIDAL, *Romancero de Fernán González*, pág. 436. Desde estas estrofas en adelante la *Primera Crónica General* sigue el texto del poema.

miedo en el muchacho, hay dirección en la nave; cuando llegue el momento no dudará en aparecer. Su presencia en Lara es ya un hecho desde el año 929.

A L M O Z O R

A primera vista esta palabra nos hace pensar en un anacronismo, que obliga a sonreír. Bien sabido es que cuando muere el conde (970), Almanzor no se había revelado aún como el gran guerrero que tendrá en jaque a los cristianos durante 30 años. Para absolver al poeta debemos recordar que en el lenguaje de los juglares, la palabra Almanzor había llegado a significar a cualquier rey de Córdoba o caudillo moro, fuese quien fuese. En este sentido le usa el poeta de Fernán González a través de toda su obra. Ya a raíz de la batalla de Guadalete, cuando describe la situación en que quedó la España cristiana, designa con este nombre al emir cordobés, que debía recibir el tributo de las cien doncellas:

**«Auyan en todo esto a Almozor dar
cient donzellas fermosas, que fuessen por casar.»**

Se alza el rey Pelayo, los cristianos se sienten defendidos, «nunca perdieron miedo de Almozor». Es el mismo caudillo con el cual tendrá que enfrentarse en honor de los hijos de Gonzalo, «que quitó muy grand tierra al moro Almozor». Es un nombre genérico de los monarcas cordobeses, como el jefe Acefoli, que de general de la aceifa le convirtió en nombre propio. En el siglo X y aún en el XI todos sabían que aceifa era una expedición de verano; con el XII y el XIII, olvidado el sentido etimológico, se convierte en el nombre de un jefe guerrero. Es lo que vemos en el Poema, y en la inscripción de los mártires de Cardeña, según la cual, «CC monachi de grege Domini interfecti sunt per regem Zefam» (34).

SAN PEDRO DE ARLANZA

El poeta había demostrado brillantemente el amor a su monasterio y su santo patrono. Más que de San Millán de la

(33) Véase J. PÉREZ DE URBEL, *El Condado de Castilla*, Madrid, 1970, t. II, págs. 24-26.

(34) *Ibidem*, págs. 107 y sigts.

Cogolla, Fernán González era la gloria de San Pedro de Arlanza, donde había tenido un comienzo tan brillante su carrera militar. Cuando él llegó en su aventura cinegética había sólo una pequeña ermita, izada sobre una roca; pero gracias a él la ermita se convertirá en un gran monasterio construido al pie, junto al río. El conde cumplirá a través de su vida los deseos que le había expuesto el anacoreta al terminar su profecía:

**«Ruegote, amigo e pidat lo de grado,
que quando ovyeres tu el campo arrancado,
vengate en miente dest convent layrado
e non se te olvide el pobre ospedado.»**

Contestó el conde «como omme ensennado, prometiendo hacer una gran iglesia, donde más de cien monjes cantarían las alabanzas de Dios, y donde él tendría su sepultura. Después de la victoria de Lara manda llevar a ella gran parte del botín: tiendas de seda, zurroneos llenos de oro y plata, espadas, guarniciones y arquetas preciosas de marfil, que se conservaban aún cuando escribía el poeta:

«Están en su altar oy dia asentados.»

Ganada más tarde la batalla de Hacinas manda llevar los muertos a aquella ermita, lugar excelente donde él tiene escogida su sepultura:

**«Nunca podrían yacer en lugar tan honrrado,
yo mismo e mi cuerpo, alli encomendado,
mandeme alli llevar cuando fuere finado.
Y alli quiero fer un lugar mucho honrrado.»**

La convicción del poeta, y sin duda, la de los monjes de Arlanza en el siglo XIII era que Fernán González había sido el fundador de la casa, el que de una pobre ermita la había convertido en una gran abadía. Desgraciadamente los pergaminos de la casa no estaban de acuerdo con esta verdad inconcusa. En Burgos se hablaba de un conde, llamado Gonzalo Fernández, nombre oscuro para los hombres de los siglos XII y XIII, que posiblemente era un error del copista. Era necesario ponerlos de acuerdo con lo que todo el mundo sabía. Y empezaron

(35) *Ibidem*, págs. 33 y sigts. Pueden verse estas escrituras en el *Cartulario de San Pedro de Arlanza*, págs. 10 y sigts.

las manipulaciones, seguramente mucho antes de que se escribiese el poema. Esto nos explica las anomalías que encontramos en estas escrituras y que tienen desconcertados a los historiadores. No es que sean escrituras falsas, pero hay en ellas cambios históricos, cuya evidente finalidad es fácil adivinar. Está, en primer lugar, el diploma que se llama de la fundación de San Pedro de Arlanza. En realidad, más que acta de fundación es de donación de una villa todavía existente llamada Contreras, con la confirmación de los términos que tenía el monasterio por el documento fundacional. Los documentos debieron convertirse en uno, tal vez en el siglo XII. Por entonces la fábula del origen legendario del monasterio había triunfado ya. Era necesario, por tanto, corregir el documento, por el cual el conde Gonzalo Fernández y su mujer Muniadonna habían colocado allí los primeros monjes bajo la dirección del abad Sonna y señalado los orígenes de la fundación. Este documento llevaba la fecha de 912, «reinando el rey García». Pero había, además, otro documento posterior que confirmaba la donación primera y además añadía la ofrenda de la villa de Contreras, y en éste se leían ya el nombre de Fernán González. De la refundición de ambos, salió éste que hoy tenemos y que tanto ha dado que pensar a los investigadores. El refundidor conservó la fecha de la carta primera, juntamente con el nombre del abad Sonna, cuya existencia testifica un diploma de comienzos del año siguiente, juntamente con el del Rey García y la condesa Muniadonna, pero suprimió el de Gonzalo Fernández, reemplazándole por el de Fernán González, que figuraba ciertamente con su nombre en la donación de Contrarias, y con él aparece ya su mujer Sancha, y por tanto, la segunda escritura refundida no puede ser anterior a los primeros meses de 932 ni posterior al 935, en que Mummadonna se pierde a nuestra mirada.

Otra contaminación parecida sufrió un documento que lleva la misma fecha —12 de enero de 912—, por la cual Gonzalo Téllez y su mujer Flámula confirman la fundación de San Pedro de Arlanza y añaden la donación del monasterio de Cár-daba, en Sacramenia. A causa del parentesco los condes de Ce-rezo y Lantarón tenían ciertos derechos sobre las propiedades entregadas a los monjes y aún sobre las presuras que había hecho el fundador. Esta fue, al parecer, la causa de su intervención en aquel acto, «reinando en León el rey García». Y aparecen también Mumadonna con sus dos hijos Fernando y Ramiro. Nuevamente aquí el nombre de Gonzalo ha sido eliminado. La condesa Sancha, mujer de Fernán González desde 932,

no aparece, pero están ya sus dos hijos primeros Gonzalo y Sancho. La contaminación está hecha de una manera bastante torpe. En la larga serie de confirmantes vemos, en primer lugar todos los testigos de la donación de la villa de Contreras, caballeros castellanos, que vivieron entre 930 y 950, y tras ellos unos diez más, los únicos que debían figurar en la escritura de Gonzalo Téllez y Flámula. Con el nombre del rey García está el del abad Sonna que había sido reemplazado por Julián, Pedro y Marcelo, dos décadas más tarde.

¿Por qué todas estas alteraciones? Sin duda, porque los textos auténticos no encajaban en las ideas que se tenían sobre la fundación del monasterio en el siglo XII. Creo que el autor del poema no es el inventor de estas ideas, pero pudo aprovecharlas con toda libertad en sus estrofas.

SAN PELAYO

Había una cosa en la cual San Pedro de Arlanza no podía compararse con San Millán de la Cogolla. Podía decir que el gran conde y su mujer y muchos de los caballeros que habían muerto en defensa del condado dormían en él el último sueño; pero no tenía el cuerpo de un santo. Mas he aquí que el autor del poema le va a enriquecer también con esta superioridad. Si la Cogolla tiene a San Millán, Arlanza tiene a San Pelayo, el ermitaño austero, que en vida goza de las revelaciones de Dios y después de su muerte asiste a su amigo el héroe desde el Cielo.

San Pedro es todavía una pobre ermita cuando vuelve el conde antes de la batalla de Hacinas. Pregunta por el monje, pero le dicen que murió ocho días antes. El conde llora al recibir la noticia inesperada; pronuncia una larga oración y cae rendido por el sueño y el cansancio. De pronto:

**«El monje San Pelayo de susol fue venido,
de pannos commo el sol todo venya vestido,
nunca mas bella cosa vvera omne nascido.»**

También se le aparece San Millán, traído aquí para demostrar que tan siervo de Cristo es Pelayo como él; con la diferencia de que lo que Pelayo anuncia se cumplirá; en cambio, el santo riojano faltará a su palabra.

¿Mas porqué el nombre de Pelayo? Ya vimos que el primer abad del monasterio se había llamado Sonna; pero en el año

1037, el rey Fernando, gran bienhechor del monasterio, en cuya iglesia había prometido enterrarse le dio el monasterio de Santa Marina de Cella en la villa de Valdehande, «donde se conservaban reliquias de Santa Marina, de San Miguel y de San Pelayo, *testis Christi*». Sin duda una parte de las reliquias de este testigo de Cristo, que era seguramente el niño gallego martirizado en Córdoba por Abd al Rahman III, en 923, pasaron a la abadía propietaria, que desde entonces empezó a tener entre sus patronos a San Pelayo. Ya en una carta de 1039 se dice que va dirigida «a San Pedro y San Pablo, a San Martín obispo, a San Miguel Arcángel, a Santa María Virgen y a San Pelayo mártir, en cuyo honor se levanta la basílica del monasterio de Arlanza, en el suburbio de Lara» (37).

Sin duda, el culto de San Pelayo continuó en el monasterio; se olvidó el origen de aquellas reliquias conservadas en el tesoro de la iglesia y de su origen, y poco a poco llegó a pensarse que aquel santo había sido una de las primeras glorias de la casa. El autor del poema aprovechó el hallazgo para su alegato antiemilianense.

LA GEOGRAFIA DEL POEMA

El poeta es un castellano fervoroso, de un nacionalismo exacerbado, que le hace acuñar versos inmortales. Afirma su entusiasmo españolista y agrega:

**«Pero de toda Spanna Castiella es la mejor,
porque fue de los otros el comienzo mayor.»**

Para él es Castilla la raíz de la nacionalidad española. Magistralmente lo expresa en esta estrofa famosa:

**«Aun Castiella Vieja, a mi entendimiento,
mejor es que lo hal, porque fue el cimiento,
ça conquirieron mucho, magüer poco conviento,
byen lo podedes ver en el acabamiento.»**

Tal vez el poeta era un castellano del norte de la provincia de Burgos, y esto le haría decir que:

«Sobre todas las tierras mejor es la montanna.»

Pero él escribía en San Pedro de Arlanza. Se ha puesto en duda, interpretando mal dos pasajes: el que nos describe a Fernán González descabalgando para llegar a la ermita del monje

(37) Pueden verse estos documentos en L. SERRANO, *Cartulario de San Pedro de Arlanza*, págs. 63 y 69.

Pelayo, y aquel otro en que afirma que Muñó está cerca de Lara. Esa palabra *cerca* es siempre relativa; pero después de haber evocado la larga marcha que hizo Almoroz desde Córdoba hasta el río Arlanza, bien se podía decir que Lara está cerca de Muñó, puesto que no había entre ambas localidades más que 25 a 30 kilómetros. En cuanto a la otra circunstancia, el que conozca el lugar, tendrá que admitir lo que dice el poeta. Todavía existe sobre la peña, casi inaccesible, una ermita de cuatro a cinco metros de largo, la ermita en que el poeta coloca a los tres monjes; el monasterio que, según el poema, fue construido después por el Conde, se encuentra en un solar llano, junto al río; para llegar a él no era necesario descabalar, pero sí para llegar al primitivo eremitorio de la roca.

El fervor arlantino del poeta es evidente. La toponimia que nos recuerda gira en torno de su monasterio: Lara, Salas, Piedrahita de Muñó, Carazo, Hacinas, Amaya, Sahagún... Cita, también, a Cardaña, la abadía hermana en cuya fundación había intervenido también, Gonzalo Fernández, el fundador de Arlanza. Tal vez había llegado hasta Cirueña, pues parece haber visto hendidas las paredes de su iglesia, y conoce, naturalmente, el camino de Santiago: Belorado, Oca, Arlanzón, Burgos, Castrojeriz, Hitero. Le había recorrido, al parecer, recogiendo las tradiciones que contaban los peregrinos para contrastarlas con los relatos que corrían por los pueblos, que se alzaban en torno a su monasterio. En este camino, encontró el autor de **Hernaut de Beulande** a los juglares que contaban los episodios del conde castellano, uno de los cuales, reprodujo él en su *chansón*, cambiando los nombres en una versión que corrió al otro lado de los Pirineos, desde el siglo XIV, y según Cirot no fue ésta la única influencia que tuvieron los cantares del conde castellano sobre las gestas francesas (38). Para Menéndez Pelayo, la montaña santanderina en que coloca la infancia del héroe, habría sido la patria chica del anónimo autor. Menéndez Pidal cree que la conclusión no es segura, pues esa estrofa 146 habla de España en general, y por lo tanto lo que quiere decir es que para él la parte montañosa de España tiene sus preferencias (39).

(38) MENÉNDEZ PIDAL, *Romancero de Fernán González*, pág. 472; G. CIROT, *Sur le Fernán González* en «Bulletin Hispanique», XXX, 1928; páginas 113-146.

(39) Estos dos versos:

«Sobre todas las tierras mejor es la montanna,
de vacas e ovejas non a tierra tamanna.»

están en el comienzo del elogio en que se habla de España en general, y no se ha empezado a hablar de Castilla. El elogio tiene tres partes: la primera, dedicada a España; la segunda, a sus hombres; la tercera, a Castilla. Véase R. MENÉNDEZ PIDAL, *Poesía juglaresca y juglares*, pág. 360.

Hay un pasaje que puede intrigar al lector y que seguramente llenaría de asombro al público y a la vez le haría sonreír. Es aquél en que el poema nos habla del valiente caballero, que antes de la batalla de Lara fue tragado por la tierra con su caballo «fermoso e ligero». Pues bien, este caballero era de Entrevinno de la Puente e Hitero, Treviño, entre Villadiego y Melgar. ¿Sólo es la necesidad de la rima la que hace pensar en Treviño al mismo autor? En la Crónica General, que, como sabemos ha prosificado el poema, falta el nombre de este pequeña lugar; textos posteriores como la crónica de 1344 y naturalmente, la de Arredondo, no sólo mencionan el pueblo, sino que nos dicen que el caballero se llamaba Pero González.

Recordemos desde ahora la toponimia del este del condado y de la Rioja, que el monje de Arlanza parece conocer por haberla recorrido, no sólo por los relatos de las luchas que tuvo el conde con los príncipes navarros. Sabe de la era Degollada y del campo de Valpierri, que todavía se señala entre Nájera y Briones. Menciona las poblaciones de Estella, Nájera, Castroviejo, Fuenterrabía, como antes ha mencionado las ciudades andaluzas de Córdoba, Sevilla, Jaén, Almería Lorca y Cartagena. Estas últimas eran ya cristianas cuando el escribía, pero él las hace musulmanas, porque lo eran cuando vivía su héroe. El escribe cuando Castilla llegaba al mar, de Santander a Cádiz. En su juventud oyó hablar mucho de algunas de estas ciudades: Cádiz pasó al dominio de los castellanos en 1253; Sevilla unos años antes; Cartagena, conquistada en 1243 y abandonada transitoriamente, vuelve definitivamente al imperio de Castilla hacia 1260. El buen monje está también atento a lo que sucede en Francia y en el Oriente de las Cruzadas. Habla del personaje que junta en su persona el título de conde de Poitou y de Tolosa y le ha impresionado vivamente la toma de Damicta por San Luis en 1249. Probablemente por esta época está hilvanando los primeros versos del poema. O tal vez recuerda el momento de su reconquista en 1260, después que San Luis se la devolvió a los musulmanes a cambio de su libertad. Recuerda también la ciudad de Acre, que ganada por los cristianos en 1191, se había convertido en poderoso centro comercial; su nombre era familiar en los centros castellanos, puesto que una hermana de San Bernardo, doña Berenguela, se había casado, en Burgos, con el rey de Acre en 1224, un hijo de ambos, el infante don Alfonso, vivía en la corte de Alfonso el Sabio.

Ya hemos visto cómo nuestro poeta se acuerda, contando las hazañas de Bernardo de Carpio, de los puertos de Aspe y de Lize, al cual llama Giterea, en lugar de Roncesvalles. Habla

también de la Bureba y de los Burebases, de Taibiña, como llaman a la Liébana, algunas ediciones del poema, de Cevalada y de río Ubierna, la zona saqueada por el rey navarro al invadir Castilla. Ha recorrido seguramente el camino de Burgos a Castroviejo, el que recorren los castellanos cuando van en busca de su conde:

«En el primer día a Arlanzón llegaron.»

Donde, a otro día, pasan Montes de Oca, una fiera montaña; y de allí, llenos de cansancio llegan «a Bilforado a facer otra albergada». Salen de nuevo, con la alborada del siguiente día, pero, «antes de haber andado una legua», se encuentran al fondo con la «duemna».

Hay que señalar la exactitud de todas estas precisiones geográficas, muchas de las cuales nos reflejan las preocupaciones del mundo en que vivía el poeta y el momento en que escribía, es decir, la primera época del reinado de Alfonso el Sabio, 1252-1265.

Fray Justo PEREZ DE URBEL

(Abad mitrado benedictino)